

LA UNIVERSIDAD SIN ATRIBUTOS

CONSEJO ACADÉMICO

ALEJANDRA CASTILLO (Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación)

PEGGY KAMUF (University of Southern California)

PAUL NORTH (Yale University)

MARCELA RIVERA (Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación)

SILVIA SCHWARZBÖCK (Universidad de Buenos Aires)

MIGUEL VALDERRAMA (Universidad de Chile)

GARETH WILLIAMS (University of Michigan)

COMITÉ EDITORIAL

ELIZABETH COLLINGWOOD-SELBY (Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación)

MARY LUZ ESTUPIÑÁN SERRANO (Ediciones Mimesis)

JACQUES LEZRA (University of California, Riverside)

RAÚL RODRÍGUEZ FREIRE (Pontificia Universidad Católica de Valparaíso)

DIRECCIÓN Y COORDINACIÓN

WILLY THAYER (Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación)

LA UNIVERSIDAD SIN ATRIBUTOS

© raúl rodríguez freire

© UMCE

ISBN: 978-956-7062-93-5

UNIVERSIDAD METROPOLITANA DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

Dirección de Extensión: LUIS ALFREDO ESPINOZA QUINTANA

Director del Departamento de Filosofía: MAURICIO GONZÁLEZ VILLARROEL (filosofia@umce.cl)

Edición: ELIZABETH COLLINGWOOD-SELBY, MARY LUZ ESTUPIÑÁN, RAÚL RODRÍGUEZ FREIRE, WILLY THAYER

Diseño logos Ediciones Macul: KATHARINE JOHNSON

Diagramación: ARACELLI SALINAS VARGAS

Imprenta: SALESIANOS

Santiago de Chile, 2020.

LA UNIVERSIDAD SIN ATRIBUTOS

raúl rodríguez freire



a Mary Luz
y a Vicente, que siguió los pasos de este libro.

Sobre el Atlántico avanzaba un mínimo barométrico en dirección este, frente a un máximo estacionado sobre Rusia; de momento no mostraba tendencia a esquivarlo desplazándose hacia el norte. Las isotermas y las isóteras cumplían su deber. La temperatura del aire estaba en relación con la temperatura media anual, tanto con la del mes más caluroso como con la del mes más frío y con la oscilación mensual aperiódica. La salida y puesta del sol y de la luna, las fases de la luna, de Venus, del anillo de Saturno y muchos otros fenómenos importantes se sucedían conforme a los pronósticos de los anuarios astronómicos. El vapor de agua alcanzaba su mayor tensión y la humedad atmosférica era escasa. En pocas palabras, que describen fielmente la realidad, aunque estén algo pasadas de moda: era un hermoso día de agosto del año 1913.

ROBERT MUSIL,

El hombre sin atributos.

ÍNDICE

Exergo	13
Presentación	23
¿Para quién escribimos? apuntes para una (im)posible respuesta	31
La querrela de la educación pública el debate sobre el latín entre Domeyko y Varas	53
Notas sobre la inteligencia precaria (o sobre aquello que los neoliberales llaman <i>capital humano</i>)	89
Arte, trabajo, universidad el gobierno a través del emprendimiento	129
Estandarización del saber (a crédito) a propósito de la “calidad” universitaria	179
El valor de la teoría el intelectual como productor	227
Kant, las facultades de la contienda	259
Ficciones académicas imágenes de una institución en ruinas	295
Sin literatura, la especie humana no tiene porvenir primeras notas para una imaginación contra el antropoceno	329
Ficciones, academia y neoliberalismo bajo pandemia entrevista con Nuno Figueirôa	359
Procedencia de los textos	391
Bibliografía	395

EXERGO

¿Tienen presente el busto de Sócrates, aquel que prefirió morir antes que prestar fe a los dioses de su tiempo, el hombre cuya frente, de bello perfil, encaja mal en una silueta romana, achatada, como separada por un gancho que hace de nariz?

Pues bien, tengan presente este busto, tiñan de negro la barba, dándole unas pinceladas de gris, pongan esa cabeza sobre un cuerpo robusto, de mediana estatura, y tendrán delante al profesor Karl Marx. Cubran con un velo la parte superior de la cara y podrían estar en compañía de un buen parroquiano.

Descubran la característica esencial, la frente enorme y de inmediato advertirán que habrán de lidiar con la más temible de las fuerzas compuestas: un soñador que piensa, un pensador que sueña.

Perfil de R. Landor que antecede la entrevista que le hizo en 1871 a Karl Mark para el neoyorquino diario *The World*

1. Si hubiese contado con el tiempo necesario, me habría gustado presentar una lectura del intelectual contemporáneo, en contrapunto con un intelectual de tiempos pasados, a partir de sus espacios de trabajo. Algo así como las condiciones materiales del pensamiento y sus mutaciones, del pre al postfordismo. Un revolucionario de hoy y un revolucionario de ayer, y sus respectivas mesas o escritorios y los estudios que las cobijan. Algo podemos conocer gracias a la información que los espías nos proporcionan y que hoy encontramos, en un caso, gracias a Facebook y, en otro, gracias a los informes de la policía secreta. Por supuesto que no desconsidero que mientras

uno entrega gratuitamente sus estados para que sofisticados algoritmos analicen sus proclamas y fotos, así como los emoticones de sus seguidores, otro tuvo que aprender a reconocer los agentes encubiertos que se introducían en su casa, fingiendo ser compañeros de lucha. Imaginemos el primer caso, el del revolucionario de hoy. Imaginemos la foto que él mismo ha publicado en su plataforma de autopromoción: nos lo muestra tras un escritorio o una mesa repleta de libros, una mesa que está en un estudio bastante grande, iluminado y decorado con cuidado (con el cuidado que puede tener un intelectual postfordista, claro), lo que da cuenta de su gusto, porque el intelectual revolucionario de hoy tiene estilo, no se viste con cualquier prenda, ni vive en cualquier lugar. Está concentrado, muy concentrado en su computador portátil, porque seguramente está escribiendo, eso lo podemos imaginar, aunque en verdad él mismo lo ha publicado en Facebook, anunciando el libro que viene luego del que acaba de lanzar. Su mesa está repleta de libros. Podemos reconocer varios nombres sin problemas, nombres que anuncian sus preocupaciones: feminismo, urbanismo, ecologismo y comunismo (Karl Marx, ¿cómo no?). Por lo visto, son varias las luchas del revolucionario. Sorprende, sin embargo, que los libros, en su mayoría, sino todos, son nuevos, seguramente regalos de la editorial revolucionaria que lo publica. Seguramente también hay compras recientes, así lo indican las editoriales de esos libros que posan, de sus más recientes viajes, a donde ha ido para promocionarse y, de paso, promocionar sus publicaciones. Se trata, entonces, de libros que no han sido leídos, pero sí, aparentando el azar de una lectura que no deja tiempo para el orden, porque la lucha contra el capitalismo no da tregua, colocados con cuidado para la performance del intelectual revolucionario, que sabe muy bien que la imagen, en la sociedad del espectáculo, lo es todo. No importa si no lee, debe aparentar que lo hace. Después de todo, en la mediocracia, al decir de Alain Denault, el libro aún auratiza. En primer plano, aunque de costado, se encuentra una edición impoluta de *El Capital*.

2. Veamos entonces cómo era el espacio de trabajo del autor de tal libro. Como ni siquiera imaginó lo que sería algo así como Instagram o Facebook, debemos servirnos del informe de un doble agente, y de algún otro recuerdo, también de alguna carta. Comencemos por el informe, que citaré en extenso, porque se trata de un documento no muy conocido. Su autor es el espía János Bangya (1817-1868), agente de la policía prusiana que logró engañar a Marx, haciéndose pasar por un compañero de la resistencia. “[...] Marx es de estatura mediana y tiene 34 años; pese a la edad, su cabello ya es gris [...]; lleva barba completa; sus ojos grandes, fogosos, penetrantes, tienen algo siniestro, demoniaco. No obstante, al primer vistazo se advierte en él a un hombre de genio y de energía. Su superioridad intelectual ejerce una influencia irresistible en quienes le rodean. En la vida privada es sumamente desordenado y cínico; es un pésimo administrador y vive como un verdadero gitano. Lavarse, peinarse, cambiarse de ropa interior son para él rarezas; no desdeña el vino. A menudo se queda todo el día tumbado, pero si tiene mucho que hacer trabaja día y noche con una resistencia inagotable; el sueño y la vigilia no están repartidos igualmente en su vida; muy a menudo permanece despierto toda la noche; luego, hacia el mediodía, se echa vestido en el canapé y duerme hasta el anochecer sin preocuparse de los que andan a su alrededor, en una casa donde todos van y vienen. Su mujer, la hermana del Ministro Prusiano von Westphalen, es una señora culta y agradable, que por amor a su marido se ha acostumbrado a esa vida de gitanos y ahora se siente perfectamente a su aire en esa miseria; tiene dos niñas y un niño, todos muy guapos y con los mismos ojos inteligentes de su padre. Como marido y padre de familia, Marx, a pesar de su carácter de otro modo inquieto y violento, es el hombre más tierno y manso de este mundo”.¹ Hasta aquí tenemos la mera impresión, los prejuicios, de nuestro agente secreto,

1 G. Tridon, ed., *Espiando a Marx. Informes de la policía secreta y otros documentos sobre Karl Marx*, trad. Juan Vivanco (Barcelona: El viejo topo, 2018).

que omite que por aquel tiempo Marx pasaba alrededor de 10 horas al día en la sala de lectura del Museo Británico. Pero ahora viene lo que aquí interesa o habría interesado si hubiese tenido tiempo para desarrollarlo: “Vive en uno de los barrios más pobres y por tanto baratos de Londres; tiene un piso de dos cuartos, uno de los cuales da a la calle, el cuarto de estar, detrás del cual se encuentra la habitación [en la que duerme toda la familia]. En este piso se buscaría inútilmente un solo mueble limpio y en buen estado: todo está roto, desvencijado y en pedazos, cubierto por una espesa capa de polvo, todo está en desorden. En medio del salón hay una mesa grande de venerable aspecto, cubierta de hule; desaparece bajo los manuscritos, los periódicos, los libros y los juguetes de los niños, los trapos y las labores de la señora Marx; también puede verse alguna tacita de borde mellados, cucharitas sucias, cuchillos, tenedores, un candelero, vasos, un tintero, pipas holandesas, ceniza de tabaco, todo revuelto en esta única mesa. Cuando se entra en la casa de Marx el humo del carbón y el tabaco es tan denso que al principio se mueve uno a tientas, como en una cueva; luego, poco a poco, la mirada se acostumbra al humo y se empieza a ver algo, como a través de la niebla. Todo está sucio, cubierto de polvo, y es realmente peligroso sentarse. Una silla solo tiene tres patas, los chicos juegan a la cocina sobre otra silla que milagrosamente aún está entera; por supuesto, es la silla entera la que se le ofrece al visitante, pero sin limpiarla de la cocina de los niños, de modo que quien decide sentarse se arriesga a perder sus pantalones. Lo cual no preocupa en absoluto a Marx ni a su mujer. El recibimiento es de lo más amigable: la pipa, el tabaco y todo lo que hay en la casa es ofrecido con la mayor cordialidad. Una conversación inteligente y agradable suple por fin las precariedades domésticas, haciendo soportable lo que de entrada era solo desagradable. Entonces uno puede reconciliarse con la compañía y encontrar el ambiente interesante y original”.

3. Este informe de Bangya fue redactado alrededor de 1852. Seguramente los manuscritos que refiere son los de *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, escritos en medio de una precariedad que desconcertaría al intelectual revolucionario de hoy, en cuya mesa de trabajo, completamente límpida, hay hasta un florero y uno que otro objeto de decoración, todo pulcramente puesto para la foto. Pero sería injusto si no mencionara que Marx también disfrutó de ciertas comodidades. De *Dean Street*, en el Soho, donde murieron 3 de sus hijos, se moverá en 1856 a una casita en Grafton Terrace, en Haverstock Hill, Kentish Town, pasando ahora a vivir en un total de 8 habitaciones. Pero lo que prometía tranquilidad, no de las deudas y precariedades, sino del espacio de trabajo, se transformó en una pesadilla. En lugar de “un distrito muy romántico”, como pensó Engels, se habían trasladado a uno donde además del negocio inmobiliario, la ampliación del ferrocarril transformó en un medio hostil. Si bien, al decir de Jenny, Grafton Terrace “era una vivienda principesca en comparación con las pocilgas en las que” habían vivido antes, habían llegado a un barrial en construcción del que tenían que salir. Pero adelantémonos un poco. Vayamos a la casa de Maitland Park 41, también en Kentish Town. Acá lo conocerá Jules Lafargue, quien escribirá un pequeño texto en el que recuerda su estudio: “estaba en el primer piso, inundado de luz por una gran ventana que miraba hacia el parque. Frente a la ventana y a cada lado de la chimenea, las paredes estaban cubiertas por estantes llenos de libros y repletos hasta el techo de periódicos y manuscritos. Frente a la chimenea, a un lado de la ventana, había dos mesas cubiertas de papeles, libros y periódicos; en medio de la habitación, a plena luz, se encontraba un pequeño escritorio sencillo (de tres pies por dos) y un sillón de madera; entre el sillón y el librero, frente a la ventana, había un sofá de cuero en el que Marx solía reposar por ratos. Sobre la chimenea había más libros, puros, cerillas, cajas de tabaco, pisapapeles y fotografías de las hijas de Marx y de su esposa, de Wilhelm Wolff y de Frederick Engels [...]. No permitía que nadie pusiera sus libros y papeles en orden o más bien en desor-

den. El desorden en que se encontraban era sólo aparente; en realidad todo estaba en el sitio escogido, de modo que para él resultaba fácil tomar el libro o el cuaderno de notas que necesitaba. Aun durante la conversación, hacía con frecuencia una pausa para mostrar en algún libro una cita o una cifra que acababa de mencionar. Él y su estudio eran uno: los libros y papeles que había allí estaban bajo su control en la misma medida que sus propias piernas [...] Los libros eran instrumentos de trabajo mental, no artículos de lujo o de decoración”.

4. Lafargue también entrega un dato curioso, que contrasta completamente con la imagen de Bangya. Marx era un trabajador riguroso, con un horario que no respondía al cronómetro de Taylor. Así que “descansaba caminando de un lado a otro de su estudio. Había una franja gastada en el suelo, de la puerta a la ventana, tan claramente definida como un sendero a través de un prado”. Suena un poco exagerado, pero Lafargue conoce muy bien “ese recinto histórico” en el que trabajaba Marx. Ahí lo vio por primera vez un día de febrero del 1865 y seguramente ese mismo día vio también a Laura Marx, con quien se casaría tres años más tarde. Y fue a propósito del noviazgo que Karl le escribió a Paul un 13 de agosto de 1866, una carta que da cuenta de su preocupación por las condiciones materiales de existencia de Laura: “Antes de establecer definitivamente sus relaciones con Laura, exijo una explicación clara de su posición económica. Mi hija cree que estoy al corriente de sus asuntos. Se equivoca. No he sacado este tema porque, a mi entender, era usted quien debía tomar la iniciativa. Sabe que he sacrificado toda mi fortuna a la causa revolucionaria. No lo lamento. Al contrario. Si tuviera que empezar de nuevo mi carrera, haría lo mismo. Pero no me casaría. Hasta donde alcance mi poder, mi intención es evitar a mi hija los escollos contra los que ha naufragado la vida de su madre”.² Difícilmente un “intelectual

2 Jenny, Laura y Eleanor Marx, *Correspondencia familiar (1866-1898)*, ed. Olga Meier y Faith Evans, trad. Antonio Sánchez (Madrid: Corrientes, 2019).

revolucionario” de hoy podría escribir semejante carta (ni siquiera una carta semejante), menos señalar que “si tuviera que empezar de nuevo mi carrera, haría lo mismo”, que básicamente implica arriesgar la precariedad material que lo dejó en varias ocasiones al borde de la indigencia. “El abrigo de Marx”, ese bello texto escrito por Peter Stallybrass en el que nos relata el ir y venir del abrigo que usaba para entrar a la biblioteca del Museo Británico, y ocultar seguramente las pobres ropas que lo vestían, da cuenta de ello. Cuando lo tenía que empeñar, entonces no podía ir a investigar. Su abrigo, dice Stallybrass, “determinaba directamente qué trabajo podía o no hacer. Si su abrigo estaba en la casa de empeños durante el invierno, entonces no podía ir al Museo Británico, y si no podía ir al Museo Británico, no podía realizar la investigación para *El Capital*”,³ un libro, dijo Lafargue que le dijo Marx, que “no pagaré siquiera los tabacos que fumé mientras lo escribía”. “Las ropas que vestía Marx”, concluye Stallybrass, “determinaban así lo que podía o no escribir” y lo que escribió puede hoy muy bien adornar alguna mesa de trabajo.

5. Pero en realidad, sinceramente no me interesa tanto el intelectual revolucionario de hoy que lucha o que más bien dice que lucha contra el capitalismo, ya sea en Facebook o en sus libros (pues este intelectual no ve la diferencia), y en ello logra fama, alguna que otra foto con algún famoso, sino los intelectuales que envidian, aunque no lo reconozcan, no la lucha, si no la fama. Lo que me recuerda un texto de Roberto Bolaño, un escritor, según Chris Andrews, “que operó en contra de su propio éxito durante los años finales de su vida”. En los “Los mitos de Cthulhu” (¿/ca-zu-lu/?) señala: “La mejor lección de García Márquez fue recibir al Papa de Roma en La Habana, calzado con botines de charol, García, no el Papa, que supongo iría con sandalias, junto a Castro, que iba con botas. Aún recuerdo

3 Peter Stallybrass, *El abrigo de Marx y otros ensayos* (Santiago: mime-sis, 2021. En edición).

la sonrisa que García Márquez, en aquella magna fiesta, no pudo disimular del todo. Los ojos entrecerrados, la piel estirada como si acabara de hacerse un lifting, los labios ligeramente fruncidos, labios sarracenos habría dicho Amado Nervo muerto de envidia”.⁴ Más que intelectuales, quieren ser actores. Académicos, militantes de sí mismos, quieren ser tan vendidos (no leídos) como Byung-Chul Han, presentar sus libros, como Zizek, en el Royal Hay Festival y ante un auditorio multicultural con más de 1000 “seguidores”. Quieren ser publicados en España y luego traducidos al inglés y, de ahí, quizá a alguna otra lengua. En síntesis, quieren respetabilidad, aunque eso implique pasar por suyas ideas que leen o escuchan de terceros. Y esta respetabilidad aspiran a lograrla no solo trabajando, sino posando, sonriendo, posteando. Se asemejan a esos personajes que Flaubert describe como incapaces “de mantenerse alejados de una persona famosa”. En *La educación sentimental*, recuerda Adrews, Dambreuse “adoraba la ‘autoridad tan fervientemente que habría pagado por el privilegio de venderse”. Como Flaubert, Bolaño también “estigmatiza la atracción hacia el poder y el prestigio institucionalmente creados”.⁵ En otras palabras, no solo desprecia de quienes asumen posiciones de autoridad dentro del medio, en su vínculo con alguna institución. También desconfía de la fama. Coraje y generosidad es lo que sus personajes más queridos defienden y “encarnan”, no el prestigio y la respetabilidad.

6. Quisiera concluir esta breve digresión con un fragmento tomado de 2666, porque entronca muy bien con el intelectual revolucionario contemporáneo, pero allí donde Bolaño escribió Estado, yo escribiré mercado, y también haré alguna que otra modificación para cerrar con mayor propiedad: “El intelectual, por su parte, puede

4 Roberto Bolaño, “Los mitos de Cthulhu”, *El gaucho insufrible* (Barcelona: Anagrama, 2003), 76-85.

5 Chris Andrews, *Roberto Bolaño's Fiction. An Expanding Universe* (New York: Columbia UP, 2014).

ser un fervoroso defensor del mercado o un crítico del mercado. Al mercado no le importa. El mercado lo alimenta y lo observa en silencio. Con su enorme cohorte de escritores más bien inútiles, el mercado hace algo. ¿Qué? Exorciza demonios, cambia o al menos intenta influir en el tiempo mexicano. [...]. Por supuesto, esto no siempre es así. Un intelectual puede trabajar en la universidad o, mejor, irse a trabajar a una universidad norteamericana, cuyos departamentos de literatura son tan malos como los de las universidades mexicanas [y, por extensión, latinoamericanas], pero esto no lo pone a salvo de recibir una llamada telefónica a altas horas de la noche y que alguien que habla en nombre del mercado le ofrezca un trabajo mejor, un empleo mejor remunerado, algo que el intelectual cree que se merece, y los intelectuales siempre creen que se merecen algo más. Esta mecánica, de alguna manera, desoreja a los intelectuales latinoamericanos. Los vuelve locos. Algunos, por ejemplo, se ponen a traducir poesía japonesa sin saber japonés [...]. De repente, tu sombra, sin embargo, ya no te sigue. En algún momento te ha abandonado silenciosamente [...] tu sombra se pierde y tú, momentáneamente, la olvidas. Y así llegas, sin sombra, a una especie de escenario y te pones a traducir o a reinterpretar o a cantar la realidad. El escenario propiamente dicho es un proscenio y al fondo del proscenio hay un tubo enorme, algo así como una mina o la entrada a una mina de proporciones gigantescas [...] De la boca de la mina salen ruidos ininteligibles. Lo cierto es que nadie ve, lo que se dice ver, la entrada de la mina. Una máquina, un juego de luces y de sombras, una manipulación en el tiempo, hurta el verdadero contorno de la boca a la mirada de los espectadores. En realidad, sólo los espectadores que están más cercanos al proscenio, pegados al foso de la orquesta, pueden ver, tras la tupida red de camuflaje, el contorno de algo, no el verdadero contorno, pero sí, al menos, el contorno de algo. Los otros espectadores no ven nada más allá del proscenio y se podría decir que tampoco les interesa ver nada. Por su parte, los intelectuales sin sombra están siempre de espaldas y por lo tanto, a

menos que tuvieran ojos en la nuca, les es imposible ver nada. Ellos sólo escuchan los ruidos que salen del fondo de la mina. Y los traducen o reinterpretan o recrean. Su trabajo, cae por su peso decirlo, es pobrísimo. Emplean la retórica allí donde se intuye un huracán, tratan de ser elocuentes allí donde intuyen la furia desatada, procuran ceñirse a la disciplina de la métrica allí donde sólo queda un silencio ensordecedor e inútil. Dicen pío pío, guau guau, miau miau, porque son incapaces de imaginar un animal de proporciones colosales o la ausencia de ese animal”.⁶ Corolario: reducidos a la condición de mascotas, los intelectuales revolucionarios de hoy dejaron de ser soñadores que piensan, pensadores que sueñan. Dicen pío pío, guau guau, miau miau, porque ya son incapaces de imaginar algo más que la fama que anhelan y que los carcome.

6 Roberto Bolaño, *2666* (Barcelona: Anagrama, 2007).

PRESENTACIÓN

La sociedad sin atributos es el resultado de una ecuación según la cual las relaciones humanas deben ser rentables y se hipoteca el futuro de la juventud. La presión sistemática que esto ejerce sobre las instituciones culturales y democráticas reduce las libertades civiles y los medios de expresión. Y así nos transformamos en nuestro propio límite, en esa masa de individuos atomizados y reemplazables que compiten nerviosamente entre sí, somos nuestro propio eslabón más débil. Lo que nos conecta es el dinero, y el dinero es lo único que no podemos tener en común.

LARS BANG LARSEN,

Arte y norma.

1. No es solo Ulrich, amante de las matemáticas, sino la sociedad de Kakania (el imperio austro-húngaro) en su conjunto, lo que Musil ha ficcionado carente de atributos. Una sociedad cuya particularidad es no tener nada particular, una sociedad que se vanagloria de inscribirle a sus escuelas superiores el lema “capital y cultura”, en pos de la ingenua creencia de que tal fusión debiera conducir hacia un buen porvenir. Ambientada en 1913, la novela de Musil se inscribe bajo la historia que conocemos, aquella que inicia la llamada movilización total. “Esa historia tiene también un sentido grave, secretamente dramático”, escribió al respecto Maurice Blanchot: “saber si la cultura puede darse un valor último o si no puede crecer más que gloriosamente en el vacío del que nos protege al ocultarlo”. El que la época que le ha tocado en suerte emplee la noción de genio para

referirse a futbolistas y caballos, enaltecidos por la prensa, es lo que le permitió a Ulrich, “con asombrosa nitidez”, escribe el autor, comprender que las capacidades, atributos y aptitudes alguna vez apreciadas en sí mismo, han desaparecido en favor de la vacuidad. “Un campeón de boxeo y un caballo superan a un gran intelectual en que su trabajo puede ser medido sin discusión, y el mejor entre ellos es reconocido como tal por todos; de este modo, el deporte y la objetividad han llegado meritoriamente a suplantarse a aquellos conceptos anticuados del genio y de la grandeza humana”. No extraña entonces que el hombre públicamente reconocido con atributos sea Arnheim, millonario empresario y exitoso escritor de divulgación. Reflexivo, crítico, apasionado e irónico, a veces también directo, Ulrich no es muy apreciado por quienes le rodean. A Arnheim todo el mundo le alaba por su claridad, a Ulrich no se le comprende completamente, pero él sabe que, con todo, la posibilidad de contar con atributos (y experiencias) estriba en un acto de voluntad, en “la elección de un estilo de vida entre la mediocridad general y la originalidad personal”. Un acto como este es fruto de una ética, que Ulrich ha decidido emprender tomándose un tiempo para conseguirlo. Paralelamente, analizará a quienes constituyen el mundo del que, para bien y para mal, forma parte. Así es como se da cuenta que Arnheim no es más que “una caricatura del rostro del tiempo”, vacío, autoritario, inauténtico, pero celebrado, gracias a que se beneficia de “todo lo que la publicidad y la habilidad comercial hacen pasar como grande”.

2. Se comprenderá entonces el título de este libro. Los atributos de la universidad han sido subsumidos bajo la lógica equivalencial del capital y la publicidad que diluye cualquier singularidad bajo una cifra, operando con criterios, si no completa, por lo menos mayormente alejados del saber, que —insistiré en ello— es del orden de lo inconmensurable. Sin embargo, la supuesta búsqueda por parte de la universidad managerial de la calidad tampoco es tal, porque si esta importara, su evaluación no estaría ajustada a una serie de procedi-

mientos que se anclan en la empresa automotriz Toyota, que ha revolucionado el ámbito de la gestión organizacional. A tal punto, que sus innovaciones han terminado siendo replicadas en todo ámbito institucional, público y privado, indistinguiéndolos operativamente, a la vez que hace de sus trabajadores sujetos intercambiables y, por lo tanto, prescindibles, cuando no desechables. Los atributos, sin embargo, están ahí, esperando ser puestos en juego por quienes tengan la voluntad de relevar la importancia de una organización cuyo carácter responde cada vez menos a determinaciones propias. Frente a su evidente descualificación, no son pocos los que insisten que el pensamiento debe comenzar a buscar otras formas. Contribuye a este entusiasmo la disponibilidad y el acceso virtual a una cantidad inimaginable de materiales, pudiéndose apostar por la autoformación. Pero tal consideración ve la universidad como un caduco reservorio, un archivo algoritmizado, en lugar de un espacio de experimentación, que es lo que le permitió constituirse aproximadamente hace 8 siglos. Si la universidad hubiese sido solo la escucha o la lectura de una monótona lección, hace mucho que habría desaparecido. Por el contrario, la universidad ha sido y, en parte, aún sigue siendo una plataforma a través de la cual se puede impugnar la naturalización o mitificación del mundo que habitamos, a la vez que entrega elementos para su transformación. La relevancia de académicos constitucionalistas ante la violencia estatal desplegada a partir del llamado estallido social, o, bajo la pandemia, la que han adquirido epidemiólogos, físicos y médicos, por nombrar solo algunas áreas, da cuenta no solo de la importancia que sigue teniendo la universidad para la democracia y la transformación de las condiciones de vida, sino también de que esta no ha logrado ser complemente disciplinada. Poderosas fuerzas, sin embargo, han querido y quieren aún someterla a sus intereses, y lo seguirán intentando. La universidad, por tanto, se encuentra atravesada por la ambivalencia y, en realidad, siempre lo ha estado: elitista, racista y falocéntrica, *pero no solo eso..* Es un fármaco y su inclinación hacia el remedio o hacia el veneno no puede

ser garantizada. Por otra parte, la masificación a la que se la ha sometido releva su centralidad política: da cuenta de una lógica mercantil, pero, al mismo tiempo, amplía su resonancia. Si se la abandona, se pierde la posibilidad de interactuar con un universo de personas con las cuales se puede aprehender el mundo de manera heterogénea, pues son quienes impiden el cierre de la universidad sobre sí.

3. Los ensayos que reúne este libro fueron escritos entre el 2011 y el 2019, y tienen dos importantes marcos de referencia. El primero fue el movimiento estudiantil de 2011, al que se sumaron distintos programas de postgrado a nivel nacional. En aquel momento me encontraba terminando la tesis de doctorado en literatura, que se vio interrumpida para participar de reuniones, asambleas y marchas, un intenso periodo de experimentación y crítica que se extendió por varios meses. Ello fue lo que gatilló el interés por el dispositivo del capital humano, que como tal me trataba, a través del contrato de una beca, la Comisión Nacional de Ciencia y Tecnología. Por otra parte, el ensayo que cierra *La universidad sin atributos* está atravesado por mi condición de profesor de literatura, así como por la revuelta iniciada en octubre del año pasado, que ha surgido contra el modelo neoliberal en su conjunto. Aquí el interés ha sido puesto en el agotamiento del planeta y la posibilidad de la extinción de la especie humana, acontecimientos que se deben enfrentar a partir del desarrollo de una imaginación que guarde la fuerza para horadar con nuevos mundos este que habitamos, lo que hace de la ficción una necesidad política. Junto a la noción de calidad y el fomento del emprendimiento, el capital humano forma parte de un conjunto de acciones que han estado vaciando a la universidad de sus atributos. Pero estos podrían recuperarse si se asume una contrapolítica que haga de la imaginación y su defensa un pilar clave de la universidad bajo el antropoceno. A estos ensayos se suma una reciente entrevista realizada por el Suplemento Pernambuco, “Um jornal de literatura e reflexões sobre o contemporâneo”. La entrevista se dio bajo un escenario marcado por

la crisis local de Brasil y la emergencia global de la pandemia, por lo que no puede sino estar atravesada por ambos sucesos.

4. Varios de los ensayos se encuentran publicados, pero en esta oportunidad han sido modificados, con el fin de eliminar algunas reiteraciones y de darles un orden que entrega una crítica del devenir managerial de la universidad, pero también un reconocimiento de la potencia que aún se aloja en ella. Sin embargo, no constituyen un volumen cerrado, ni exhaustivo, por lo que cada uno puede leerse con independencia. El libro en su conjunto abarca casi 10 años de lecturas dedicadas a una preocupación que se ha constituido en un elemento central de mi trabajo y que ha permitido que me reúna con amigxs y colegas en Chile, así como en distintos países de América Latina, aprendiendo en cada encuentro. Agradezco entonces el apoyo y la conversación de Julio Ramos, Mary Luz Estupiñán, Miguel Valderrama, Nelly Richard, Willy Thayer, Alejandra Castillo, Elizabeth Collingwood-Selby, Rafael Mondragón, María Stegmayer, Evando Nascimento, miguel urrutia, Analía Gerbaudo, Efrén Giraldo, Eugenio Santangelo, Max Tello, Valentina Letelier, Gastón Molina, Alejandra Bottinelli, Clara Parra, Luis García, Manu Biset, Nicole Darat, Hugo Herrera Pardo, Eleonora Cróquer, Iván Pincheira, Schneider Carpeggiani, Nuno Figueirôa, Juan Cristóbal Castro, Jacques Lezra y Carolina Gainza. También agradezco a lxs colegas del Departamento de Literatura de la PUCV, con quienes comparto un proyecto académico que me ha permitido gratamente hacer de la literatura una forma de vida. Desde hace unos años algunas de las lecturas acá propuestas se han presentado en el Encuentro Internacional Chileno-Argentino, espacio ideal no solo para lanzar ideas —sin ponencias, sin tiempos muy fijos, y con mucha conversación—, sino también para pensar otras formas de trabajo académico (im)productivo.

VIÑA DEL MAR, ENTRE UN HERMOSO DÍA DE FEBRERO,
QUE ADELANTÓ MARZO, Y FINES DE ABRIL DE 2020.

Quien quiere pasar despreocupado por puertas abiertas, ha de cerciorarse primero de que dinteles y jambas estén bien ajustados. Este principio, vital para el viejo profesor, es un postulado del sentido de la realidad. Pero si se da un sentido de la realidad, y nadie dudará que tiene su razón de ser, se tiene que dar también algo a lo que se pueda llamar sentido de la posibilidad.

El que lo posee no dice, por ejemplo: aquí ha sucedido esto o aquello, sucederá, tiene que suceder; más bien imagina: aquí podría, debería o tendría que suceder; y si se le demuestra que una cosa es tal como es, entonces piensa: probablemente podría ser también de otra manera. Así cabría definir el sentido de la posibilidad como la facultad de pensar en todo aquello que podría igualmente ser, y de no conceder a lo que es más importancia que a lo que no es. Como se ve, las consecuencias de tal disposición creadora pueden ser notables; es así como, por desgracia, aparece no pocas veces falso lo que los hombres admiran, y aquello que prohíben, lícito, o bien ambas cosas como indiferentes. Tales hombres de la posibilidad viven, como se suele decir, en una tesitura más sutil, etérea, ilusoria, fantasmagórica y subjuntiva. Cuando los niños muestran tendencias semejantes se procura enérgicamente hacerlas desaparecer, y ante ellos se califica a esos individuos con los apelativos de ilusos, visionarios, endebles y pedantes o sofistas.

Si se les quiere alabar, a estos locos también se les llama idealistas, pero evidentemente de este modo se alude sólo al tipo débil que no alcanza a ver la realidad o se separa lamentablemente de ella, por lo que entonces la ausencia del sentido de la realidad aparece como una auténtica carencia. Lo posible abarca, sin embargo, no sólo los sueños de las personas neurasténicas, sino también los designios no decretados de Dios. Una experiencia posible o una posible verdad no equivale a una experiencia real unida a una verdad auténtica, menos el valor de la veracidad, sino que tienen, al menos según la opinión de sus defensores, algo muy divino en sí, un fuego, un vuelo, un espíritu constructor y la utopía consciente que no teme la

realidad, sino que la trata mejor como problema y ficción. En definitiva, la tierra no es vieja ni mucho menos y, al parecer, nunca como ahora se ha hallado en estado de tan buena esperanza. Si se quiere distinguir de un modo sencillo entre hombres con sentido de la realidad y hombres con sentido de la posibilidad, no se necesita más que pensar en una determinada cantidad de dinero. Todas las posibilidades que implican, por ejemplo, mil marcos están comprendidas sin duda en ellos, se posean o no; el hecho de que los tenga el señor Yo o el señor Tú les añade tanto como a una rosa o a una mujer. Pero un loco se los guarda bajo el colchón, como dicen los hombres de la realidad, y un sentido los hace producir; aun a la hermosura de una mujer añade o resta algo aquel que la posee. La realidad es la que despierta las posibilidades; nada sería tan absurdo como negarlo. No obstante, en el total o en el promedio permanecerán siempre las mismas posibilidades y se repetirán hasta que venga uno al que las cosas reales no le interesen más que las imaginarias. Éste es el que da a las nuevas posibilidades su sentido y su fin y el que las inspira.

Un individuo semejante no es en modo alguno un asunto muy inequívoco. Dado que sus ideas, mientras no degeneren en vanas quimeras, no son otra cosa que realidades todavía no nacidas, también él tiene, como es natural, sentido de la realidad; pero es un sentido para la realidad posible y da en el blanco mucho más tarde que el sentido, congénito en la mayor parte de los hombres, para las posibilidades verdaderas. Prefiere, por decirlo así, el bosque a los árboles; el bosque es algo difícil de definir, mientras que los árboles significan tantos y tantos metros cúbicos de madera de determinada calidad. Quizá se pueda expresar esto mejor diciendo que el hombre con sentido normal de la realidad se asemeja a un pez que muerde el cebo y no ve el sedal, en tanto que el hombre con ese sentido de la realidad, al que también se puede llamar sentido de la posibilidad, lanza el anzuelo al agua sin saber si le ha puesto cebo. Lo que para el pececillo que mordería resulta de extraordinaria indiferencia es, en cambio, para el otro, peligro de pescar un aburrimiento desesperante. Un hombre inepto

para la vida práctica —que no solamente lo parece, sino que de hecho lo es— no sirve ni se le puede confiar cosa alguna en las relaciones humanas. Empezará acciones que significarán para él algo distinto que para los demás, pero pronto se dará por satisfecho, en cuanto consiga reducirlo todo a una idea rara. De poseer lógica también está lejos. Es además muy posible que un delito con daños a terceras personas lo considere como una frustración social, y no culpe al delincuente, sino a la institución de la sociedad. No está tan claro, por otra parte, si al recibir una bofetada le parecerá nada más que una afrenta a la sociedad o, en todo caso, tan impersonal como la dentellada de un perro; probablemente devolverá primero la bofetada y luego reflexionará para deducir que ha cometido una acción indebida. Y cuánto menos podrá prescindir de la realidad del hecho y restablecerse con un sentimiento nuevo y repentizado si a alguien se le ocurre raptarle una querida. Este desarrollo está actualmente en gestación y representa para cada uno de los hombres tanto una debilidad como una fuerza.

Y puesto que el disfrutar de atributos presupone una cierta deleitación en su realidad, es lícito prever que a alguno, que ni para sí mismo tiene sentido de la realidad, le llegue un día en el que tenga que reconocerse hombre sin atributos.

ROBERT MUSIL,

El hombre sin atributos.